

RODOLFO SANCHEZ COELLO



*Un ángel sentado en mi
cama*

Memorias de la muerte para amar la vida



Génesis Editores

© **Génesis Editores E.I.R.L.**
Av. Augusto B. Leguía 368. Independencia – Huaraz.

© **UN ÁNGEL SENTADO EN MI CAMA**
Memorias de la muerte para amar la vida

de Rodolfo Sánchez Coello
© Primera edición, julio 2014
rsanchezcoello@hotmail.com

Pedidos en Huaraz:
RPM #943213488
Librería Killa
943494853 - *612162
Jr. San Martín 493

Diseño de la carátula
Alberto B. Yhomenajem

Fotografía
Sonia Gladys Cabello Chávez

Ilustraciones del interior
Maibí Sheyla Caira Mariluz

**Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca
Nacional del Perú N° 2014-09844**

Editado por:
Génesis Editores E.I.R.L.
Av. Augusto B. Leguía 368. Independencia – Huaraz.

Impreso en:
Talleres Gráficos de Génesis Editores E.I.R.L.
Av. Augusto B. Leguía 368. Independencia – Huaraz.

DERECHOS RESERVADOS

© Impreso en Perú / Printed in Perú
Primera edición, julio de 2014
Tiraje 1000 ejemplares

ÍNDICE

I

ESTADO MOR

1. La búsqueda de una forma de morir (5)
2. Una Gertrudis (15)
3. Felicidad de muerte (16)
4. El sueño (27)
5. Belisario y la contraorden (28)

II

SUEÑO DELTA

6. Vida de un don Juan (40)
7. Parábola (50)
8. Un ángel sentado en mi cama (51)
9. Epitafio (62)

III

ADORMECIMIENTO

10. Los deseos (Metacuento) (63)

Ser escritor es robarle vida a la muerte.
Alfredo Conde

Un libro es un suicidio aplazado.
Emile M. Cioran

A Sonia.
Por ser parte de este nuevo desafío.

I

ESTADO MOR

Temas nombrar la muerte, cual si sólo su nombre fuese cosa de augurio funesto. Sin embargo, mal puede haber augurio funesto en lo que no hace más que expresar un acto de la naturaleza.

Epicteto.

La vida no es más que la secuencia continua de oportunidades es... para sobrevivir.

Gabriel García Márquez.

LA BÚSQUEDA DE UNA FORMA DE MORIR

RUSO SIEMPRE QUISO suicidarse dignamente. Ya que sólo consiguió ser nada en la vida, luchó por ser algo en la muerte; pero la sociedad no le brindó tan fácilmente las oportunidades para lograr tan sagrado propósito.

Para un niño de tan dulce conducta y tan proclive a la bondad, resultaba inaceptable y hasta sádico el obsequio de dolor que su destino le había dado, sin mediar ninguna contemplación ante un ser tan tierno.

Tierno, y con una mente en verdad prodigiosa. A los tres aprendió a leer y a los cuatro ya escribía como si el lápiz se moviera por sí mismo. Consta en grabaciones que aprendía canciones con sólo oírlas una vez, entendía películas destinadas a chicos de diez o más, la suma y la resta congeniaban con él perfectamente, y palabras como zoología, átomo, galaxia, proteína, decisiones acertadas y derechos humanos eran términos corrientes en sus conversaciones desde la más increíble infancia. Su aguda inteligencia ya percibida desde los primeros meses de su vida, desembocaron en un amor intelectual prematuro por el conocimiento, fuente inagotable que le dio los momentos más deliciosos de sus días, aunque aquellos estuvieran siempre cargados de penuria.

Y es que aparte de gozar del aprecio por sus notables dotes, como un cruel equilibrio de la injusta existencia, desde muy pequeño también había saboreado el acíbar de una vida rodeada de la dulce muerte. Siempre la misma muerte, porque en su casa y en su vida siempre fue igual, siguiendo el mismo rito secuencial y desvelador.

Y es que la muerte surca sobre la misma ineludible ruta. Todo empieza cuando un predestinado (todos lo somos desde el nacimiento) encuentra la muerte en algún recodo de la vida, generalmente casi sin desearlo, fortuitamente, interrumpiendo sus días de golpe, pues al final la vida se queda tanto en la piel que duele siempre el separarse de ella. Segundo, la desesperación de sus allegados seguido de una sensación de pena capaz de expresarse de diversas formas: un gesto elocuente de condolencia, un largo suspiro causal de largos momentos de reflexión, una explosión de llanto desgarrador, y en otros casos, contenido; o simplemente una palidez que continúa con el impresionante desmayo. Aunque a veces también la muerte puede ocasionar una lerda sonrisa de malsana satisfacción. Tercero, el armado de un escenario francamente depresivo de cortinajes negros (o blancos si el elegido es un pequeño), candelabros niquelados y farolas de luz plomiza que rodearán un espléndido ataúd donde se exhibirá obsesamente al difunto ante la gran ola compuesta de familiares, amigos, enemigos secretos, deudos y curiosos. Cuarto, la resignación, es decir, la macabra constatación de que la muerte es real, ese rostro rígido, exangüe, destemplado y diríase hasta apacible y feliz del que todo el mundo hace noticia. Y finalmente, la desaparición material de la persona y el vacío inexplicable sentido en ese sitio preciso donde casi nunca pervive la memoria de los idos: el corazón. Esto último se comprueba porque tras el deceso la gente intenta con perseverancia volver a ser feliz, tratando de mostrar al mundo el hecho de haber superado – o estar superando – la tristeza y la muerte, definiendo tal acción como una virtud y señal de

fortaleza, y sólo conserva el infausto suceso como un recuerdo desgarrador privado y reflexivo cuando es necesario llorar o encomendarse. Ese era el proceso, las fases a seguir, los cinco pasos. Todo se repetía como un principio universal, una ley de la vida humana, o mejor dicho, de la muerte humana.

Y es que Ruso rápidamente asimilaba los procesos, y quizás por ello, su carácter se hizo tan meditabundo y delicado, hasta el grado de inspirar algo entre la admiración y la indulgencia.

El primer encuentro de Ruso con la muerte fue como a los cinco años cuando pudo vivenciar la lenta agonía de mamá Enmita, su bisabuela. Estaba enferma sobre el lecho, no quería morir pero murió. Fue la primera vez que Ruso conoció el orden de la muerte y sus cinco etapas.

Además, su destino fue observar la suerte de sus hermanos – con el mismo falso regodijo de quien descubre algo después que otro lo ha descubierto anticipadamente –, como testigo de que la vida es dolorosa pero la muerte, a veces, no tanto. Las reacciones de tristeza las observaba en los vivos, mientras que los muertos se veían por fin redimidos de la dolorosa existencia. Raulito, su primer hermanito menor contaba con unos cinco años y paraba con los dedos cortados, el cuerpo con moretones y la cabeza rota debido a sus constantes y casi pintorescas caídas, debido a sus torpes pies. Los tenía planos. Cuando estaba sano, sus padres lo castigaban (con un leve palmazo, un rapapolvo sutil o la prohibición de comer o disfrutar algo, como un caramelo o ver televisión) y el pobre Raúl se la pasaba gimoteando escondido bajo la mesa del comedor. En verdad eran castigos poco severos, pero cómo sufría el niño por eso, como si lo estuvieran flagelando por defender una ideología herética. A Ruso se le partía el alma verlo así y por eso movido por una voluntad irrefrenable de sensibilidad iba a consolarlo, aunque muchas veces obtenía como respuesta un insensible manazo. Una tarde lluviosa de verano el inquieto

Raulito salió corriendo a la calle para venir a caerse justo en medio de la pista, cuando un carro pasaba a ochenta por hora. Esa caída no fue nada pintoresca. Siendo casi un púber, Ruso vivió de nuevo la secuencia que acarrearía la muerte.

Luego nació Renato, niño frágil renuente a lactar y después reacio a ingerir alimentos. Lloraba toda la noche y se evidenciaba claramente la angustia depositada en cada uno de sus lentos movimientos. Renato deseaba crecer y vivir en paz, se percibían sus ansias de querer alimentarse, sólo que operaba algo dentro de su organismo impidiéndoselo. Algunas noches, como seguramente le perdían la paciencia o porque era prácticamente imposible silenciarlo, lo abandonaban en la cama y su penar se hacía aún más doloroso, doblemente único. Ruso observaba la actitud de sus padres, contradictoria, amorosa, indolente quizás, o todo mezclado a la vez. Con lágrimas tiernas, después de un lapso corto e interminable, su madre se acercaba y en sus brazos lo arrullaba hasta el amanecer. Durante varias noches nadie dormía tranquilo en esos dos cuartos que funcionaban como casa. Una noche, después de un largo batallar Renato empezó a tomar su leche, y sólo así madre e hijo quedaron a merced del sueño. Al despertar, Renato ya no lloró, ni lloraría nunca. Se ahogó, quizás, o muy probablemente fue una muerte súbita, dijo impasible el médico. Había dejado de sufrir. Y otra vez, el tedioso ritual de la muerte.

A todos ellos, ya fuera de este aire que respiramos, ya perdidos en la otra, los conoció, los había tocado y querido, para luego desaparecer por siempre. Y su pechito se plagaba de la más infantil tristeza, cual si respirar todos los días fuese inhalar el tósigo del ocaso tardo, y siempre sin tregua, definitivo.

¿Qué era pues la vida frente al esplendor y dominio de la muerte? Todos vivían para irse directamente a la nada, y por lo tanto, pensaba Ruso, somos nada. Él también marcharía al foso como sus hermanos, sus padres, sus

vecinos y amigos, y eso lo puso triste, y por típico hábito, abstraído también, pues decidió que si de todas maneras todos morirían, su muerte debería de ser distinta, y conceptuó en sus ideas a la muerte no como un pesaroso final, sino como una ocasión para ser único probando que sí podía cambiar su destino *post mortem*. De su pequeño corazón se borró todo temor frente al acto de morir.

Y para afianzar lo que pensaba, ahí estaba el día a día, anunciando la hegemonía de la muerte, imparable y dignamente arrolladora. Y siempre daro, con las fases cotidianas. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, eternamente.

Ruso determinó con inocencia que todos se regían por una misma secuencia después de morir, pero también antes. Habían crecido hasta cierta edad y luego *pasaban a mejor vida* sin experimentar un minuto los pesares que irían a provocar con su partida. Ellos, los muertos, no sufrían; sólo hacían sufrir. Eso era tan injusto que Ruso consideró por un momento la manera de no provocar tales estragos. Su alma fue llenándose de un sentimiento de equidad suprema, y para concretarla en los demás, debía idear cómo devastar los rutinarios caminos del fin. Le causaba náuseas y hasta miedo ser tratado como todos al morir pues era la causa de efectos tan arbitrarios. Odiaba los cinco pasos, razón única para desear de todo corazón la búsqueda de una manera de liberarse de tan innoble final. Toda aquella parafernalia le suscitaba rechazo, fobia y tremenda aversión, y durmiendo con los ojos abiertos meditaba sobre sí habría otra manera de morir, para ser distinto, singular, consolidando una propia personalidad en la muerte, y no como se decía, que la personalidad se afianzaba recién en la adultez. Se propuso encontrar luces para ser profundamente caritativo dando lo mejor que podría dar, es decir, una forma diferente de afrontar su desaparición. Divagando trashumó por la casa, en medio de cavilaciones laberínticas, sin idea alguna, hasta que por suerte se topó con la gran biblioteca familiar, implementada por generaciones de abuelos, padres y tíos lectores, asiduos a

los libros, y fue como encontrar un tesoro. Hasta entonces sólo leía lo que sus padres le dieron, básicamente, libros de primaria, pero ahora, se enfrentaría a un mundo nuevo. Casi magnetizado, tal como lo hacía su abuelo, cogió un texto despacio, con sumo respeto. Casi sin entenderlo empezó a entender, en el lento y arduo aprendizaje de quienes saben a dónde quieren llegar. Después leyó y aprendió en diferentes libros cosas que trataban de la vida y de lo que es parte de este mundo, y sólo intuyó ideas sobre la muerte y lo que está más allá del mundo. Entonces se entristeció sobremanera. En un inicio no entendió mucho, mas en un par de años sus ideas se transparentaron. Estudió el desarrollo humano, la psicología básica, experimental, creativa; relatos necrófilos, medicina forense, filosofía, milicia y técnicas de embalsamamiento, hasta saber que la muerte es una emoción más que un concepto. Caviló, practicó y logró perfeccionar una técnica en la cual más importaba leer uno y otro párrafo, al azar, que leer el libro entero. Se ilustró así, a saltos de páginas. Lo único que leía completo eran las biografías, que con deleite iniciaba para llegar hasta el final, la muerte. Con sus apenas doce años reflexionó sobre la muerte con una serenidad indefinible, pensó en diversas maneras de llegar a la última morada y analizó concienzudamente la estrictez en las fases cumplidas hasta llegar a una misma conclusión, una circunstancia que en su experiencia se generalizaba en todos los casos sin excepción: todos morían como víctimas, en contra de su voluntad, nadie anhelaba morir, simplemente eran victimados y sorprendidos por la muerte. Y de pronto una difusa idea conquistó su mente.

Una tarde definiría ese pensamiento leyendo sobre teoría del caos. Esa teoría propugnaba que el más insignificante cambio en las condiciones iniciales de un proceso, generan gigantescas modificaciones en el futuro, en los comportamientos futuros. Entonces, pasmado, tuvo una iluminación y la respuesta a sus inquietudes. Genial idea.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

